
Pregunta el Papa Juan Pablo II en la *Novo Millennio Ineunte*: “¿Podemos quedar al margen ante las perspectivas de un desequilibrio ecológico, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los problemas de la paz, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al vilipendio de los derechos humanos fundamentales de tantas personas, especialmente de los niños?. Muchas son las urgencias ante las cuales el espíritu cristiano no puede permanecer insensible” (N.M.I, 51).

Este interrogante y mirando el panorama general en que se mueven los países del mundo, nos debe mover a buscar caminos de solución donde se integre la respuesta evangélica con la propuesta ética de una economía a escala humana. Los países de nuestra región, a pesar de las estadísticas que muestran en algunos de ellos, positivos equilibrios macro-económicos, evidencian los efectos negativos que se derivan de competir con estructuras económicas débiles asumiendo políticas neoliberales, que han llevado a la concentración de la riqueza en unos pocos privilegiados y la pauperización de la inmensa mayoría, privando de esta manera a millones de seres humanos de los elementales derechos como la vida, la salud, la educación, el trabajo, la seguridad social y la paz.

América Latina y el Caribe es un continente con alto grado de desigualdad y con grandes desigualdades a la hora de acceder a los recursos tradicionales. No solo el proceso de globalización de la economía ejerce una fuerza atrayente sobre la sociedad continental a través de sus altas dosis de contenidos simbólicos, sino que pareciera que esta concepción nos vaya haciendo insensibles ante los graves problemas socio-económicos que aquejan a la región.

El anhelo por una sociedad que considere anormal el que nazcan y mueran millones de seres humanos en la miseria, millones de hermanos y hermanas en nuestro continente, siendo incapaces de generar ingresos para lograr alcanzar niveles de vida humana, es cada día más creciente.

En este sentido, el llamado a “Globalizar la solidaridad” debe continuar abriéndose camino entre nosotros. Su fuente de inspiración en la Doctrina Social de la Iglesia, encuentra en la Economía Solidaria

su punto de concreción y propuesta de modelos que propendan por una economía a escala humana. Así, se hace urgente la necesidad de una pedagogía que ofrezca nuevos paradigmas y valores éticos, donde la primacía de la dignidad humana, el bien común, el sentido de la responsabilidad por el futuro más humano para la humanidad y el planeta, sean ejes articuladores que favorezcan el desarrollo de sociedades incluyentes.

En este sentido, para hacer creíble nuestro servicio a los excluidos y marginados y para evidenciar que la fuerza transformadora del Evangelio se hace servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la sociedad en general, para que se respeten y promuevan los derechos fundamentales de todos, ofrecemos estas reflexiones en torno a la Economía Solidaria.

A partir de la vertiente ético-social que estimula la solidaridad, y gracias al aporte del grupo de expertos y estudiosos de la materia, en este número de nuestra revista, estamos convencidos que "globalizar la solidaridad" en este momento, es un apostar por proyectos que miren y apunten por el respeto de la dignidad de todo ser humano. Creemos que la economía solidaria orienta su actividad, desde el empeño perseverante por la búsqueda del bien común, hacia la rentabilidad de sus actividades económicas en función de la rentabilidad social; es decir, busca el desarrollo integral de las personas y las comunidades que se empeñan en ella, pues la acumulación económica que se da, pertenece a sus asociados y su provecho debe revertir al bien de todos, de la familia, de la sociedad y del Estado.

Así, la presencia y el aporte de los cristianos a la sociedad, reafirma la opción radical de fe, que nos lleva a responder al llamado de Dios para tomar parte activa en los trabajos por la salvación del mundo, por la promoción de la dignidad humana. Esto "porque los hombres y mujeres, que mientras procuran el sustento para si y su familia, realizan su trabajo de forma que resulte provechoso y en servicio a la sociedad, con razón puedan pensar que con su trabajo desarrollan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia" (GS, 34).